

Fin de Herodes

Gracias a la reconstrucción del templo completó Herodes una semejanza que recordaban con frecuencia sus aduladores. Era, verdaderamente, un nuevo Salomón el que había procurado a su Estado una prosperidad sin ejemplo, acumulando riquezas, disfrutando goces infinitos, construyendo palacios maravillosos, dando pan a sus súbditos, construyendo el templo de Dios. Pero semejantes esplendores nada podían contra la vejez, la enfermedad y la muerte. El rey utilizaba mil artificios para ocultar su edad, pero nada lograba. El creador de tantas maravillas llegaba a su fin sin saber lo que pasaría después de él, ni de quién serían aquellos palacios y tesoros. Su vida había sido una serie de inquietudes y zozobras, y ¿qué había sacado en limpio? ¡Vanidad de vanidades!

El primer Salomón sucumbió por las mujeres, y al segundo le ocurrió lo mismo. Herodes se casó diez veces y se le reconocen lo menos quince hijos. Su error mayor fue el casarse con Mariana. La asmónea introdujo en su familia las pretensiones dinásticas, contra las cuales había luchado victoriosamente al principiar su carrera. A los doce años de haber sido muerta Mariana, la situación se reproducía casi igual. Alejandro y Aristóbulo, hijos de Mariana, volvieron de Roma, donde habían recibido brillante educación. Agradaron mucho en Jerusalén y se los encontró

dignos y de aspecto regio. Tuvieron un partido, y a los príncipes un partido es el que casi siempre los pierde.

Al receloso Herodes no se le ocultó nada de esto. Su hermana Salomé (llena de odio sombrío contra todo lo que tenía sangre asmónea) y su hermano Feror envenenaron las cosas. Se calumnió a los príncipes, y tal vez tenían algo de culpa. Probablemente desearían vengar la muerte de su madre. El crimen engendra el crimen. La obra de Herodes corría el mayor peligro. Restablecida la familia asmónea, el fanatismo comprimido habría estallado.

Herodes empezó disimulando. Casó a Aristóbulo con Berenice, hija de Salomé, y a Alejandro con Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia. Los príncipes fueron algo imprudentes, y para humillar su orgullo dio Herodes un alto cargo en la corte a Antipater, hijo de Doris, su primera mujer. No ocultaba que pensaba legarle el trono, y lo presentó a Augusto y a Agripa como sucesor suyo.

En el año 12, el anciano rey adoptó un partido decisivo: fue a Italia con Alejandro y Aristóbulo para acusarles ante Augusto, que estaba en Aquilea. Augusto demostró mucho tacto: a una seña suya cayeron ambos hijos de Mariana a los pies de su padre, que les abrió los brazos. Antipater fingió participar de la emoción general. Herodes dio 300 talentos para que se repartiesen en la inauguración del teatro de Marcelo, y todos volvieron a Judea.

Se reanudaron las intrigas cortesanas. Aquel palacio espléndido de mármol era un infierno. El tormento se aplicaba a cada paso, por cualquier sospecha. Herodes, a veces, parecía loco y lanzaba gritos terribles durante su sueño. En aquel enmarañamiento de intrigas fue sustituido el gran sacerdote Teófilo.

Si entonces no mandó matar Herodes a sus hijos, fue porque lo contuvieron dos lances apurados. Arquelao, rey de Capadocia, fue a Jerusalén a defender a su hija y a su yerno. Por otra parte, cayó Herodes en desgracia con Augusto por una expedición contra los árabes, en la cual no se ha podido averiguar qué falta cometió el rey. Nicolás de Damasco le hizo entonces un gran favor, disipando la nube que había turbado las relaciones entre el rey y el emperador. Aquella reconciliación fue la sentencia de muerte de los príncipes. Augusto permitió a Herodes que celebrara en Berita una especie de consejo superior de familia o de altos funcionarios de la provincia, para estudiar la conducta de ambos jóvenes. Aquel tribunal singular, compuesto de 150 miembros, dio a Herodes el derecho de tratar a los acusados como quisiera. Los dos hijos de Mariana fueron estrangulados en Sebasto (año 7 antes de Jesucristo).

Herodes, al igual que todos los creadores, consideraba su creación propiedad suya, y quería disponer de ella. Antipater era el heredero presunto, pero creía que su padre vivía demasiado. Las torturas de los esclavos empezaron de nuevo, y habiendo muerto Feror, se habló de envenenamiento. Todo el mundo resultaba sospechoso. La falta absoluta de sentimiento moral que caracterizaba a aquella corte acababa por llevar a la imposibilidad de vivir. Todos trataban de exterminarse unos a otros. Augusto y los altos funcionarios romanos eran los únicos algo razonables en aquel mundo de malvados. Herodes llegó a pensar en matar a su

hermana Salomé, que había inaugurado en la corte el sistema horrible de delaciones y asesinatos. Antipater fue cargado de cadenas y destinado al suplicio.

Herodes enfermó, supuso que moriría y sintió una fiebre galopante de furores y resoluciones contradictorias. Cada día variaba su testamento, según sustituía una sospecha a otra. En general se inclinaba a los hijos que había tenido con la samaritana Maltace. Primero quiso nombrar heredero a Antipas, su hijo menor, y luego volvió a sus vacilaciones. El rey moribundo era peor que nunca. Acercarse a él era peligroso. Lo que más le irritaba era que su muerte alegraría a sus súbditos.

Cuando conocieron su muerte próxima, dos doctores muy conocidos, Judas, hijo de Sarifeo, y Matías, hijo de Magaloth, impulsaron a sus numerosos discípulos a purificar la ciudad de las escorias introducidas por Herodes, y les mandaron que echaran abajo un águila de oro colocada como trofeo a la puerta del templo, indudablemente en memoria de algún triunfo romano. En mitad del día lo hicieron así los jóvenes fanáticos. Se prendió a los dos doctores y a unos cuarenta exaltados. Como deseaban la muerte, la reclamaron al ser llevados a presencia del rey. Herodes mandó reunir en el teatro a los notables de la nación y allá fue en litera. La asamblea pidió el castigo de los culpables. Los jefes fueron quemados vivos. El sumo sacerdote Matías, hijo de Teófilo, que había pactado con los amotinados, fue sustituido por su cuñado Joazar.

Cada vez era más grave la enfermedad del rey. Se le llevó a las aguas de Calirhoe, y tomó baños de aceite caliente. Como estuvo a punto de morir, le llevaron a su palacio de Jericó y repartió mucho dinero a los soldados. Soñaba con matanzas y con el suicidio. Oyendo gritos en el palacio, creyó Antipater que había muerto su padre, y pidió al carcelero que le dejara salir. El jefe de los carceleros fue incorruptible, y transmitió al rey la petición de su hijo. La rabia del moribundo no reconoció límites. Incorporándose mandó matar a su hijo y que le enterraran sin pompa en Hircania. Augusto, al saber lo sucedido, dijo: «Más vale ser uno de los cerdos de ese hombre, que hijo suyo.»

Todavía Herodes vivió cinco días después del asesinato de Antipater. Durante aquel tiempo varió su testamento otra vez. Dejó a Arquelao Judea y la corona real; a Antipas la tetarquía de Perea y Galilea; a Filippo el antiguo país de Zenodoro, la Gaulanítida, Traconítida y Batanea, también con título de tetrarca. A Salomé, a los miembros de la familia herodiana, a Augusto y a Julia les dejó legados enormes.

Los funerales, presididos por Arquelao, fueron magníficos. El cuerpo fue desde Jericó a Herodium en una litera de oro adornada con piedras preciosas. El paño mortuario era de escarlata; el cuerpo estaba vestido de púrpura, con la diadema en la cabeza y el cetro en la mano. Toda la familia estaba agrupada alrededor. Detrás iba el ejército y quinientos criados con perfumes. Herodes fue enterrado en su castillo favorito.

El día en que murió figuró en el catálogo de las fiestas de Israel como día de júbilo. El cristianismo naciente pintó también en sus leyendas a Herodes con los colores más negros. La familia de Jesús parece haber sido una fábrica de calumnias contra él. La lista de los crímenes verdaderos de Herodes es bastante larga para amplificarla con crímenes apó-

crifos. No había nacido aún Jesús cuando murió Herodes en Jericó, pero idealmente es cierto que Herodes quiso matar a Jesús. Si hubiera prevalecido su idea de un reino judío profano, no hubiera existido cristianismo.

Herodes Antipas, Herodes Agripa y los procuradores romanos no podrán dificultar el desarrollo de los movimientos interiores, cuyo germen lleva Israel en su seno.